

Murcia

EL LIBERAL

Murcia

Suscripción: UNA peseta al mes
En el resto de España: 5 pesetas trimestre
25 ejemplares 75 céntimos

Redacción, Oficinas y Talleres
1, CRÉDITO PÚBLICO, 1
Número suelto 5 céntimos

SE PUBLICA DIARIAMENTE EN MADRID - BARCELONA - BILBAO - MURCIA Y SEVILLA

EDICION DE LA MAÑANA



EL SEÑOR

Don Francisco Julio Martínez Montejano

ABOGADO

HA FALLECIDO EN EL DIA DE AYER

HABIENDO RECIBIDO LOS SANTOS SACRAMENTOS DE PENITENCIA Y EXTREMAUNCION

R. I. P.

Su desconsolada esposa doña Francisca Bravo Villasante, hijos D. Francisco y doña Dolores; hijo político D. Adolfo Balboa; hermana doña Purificación; hermanos políticos D. Domingo Dodero y D. José María y D. Fernando Bravo Villasante y demás familia.

Al participar tan sensible desgracia ruegan una oración por el finado, y suplican se sirvan asistir á su funeral y entierro, que tendrán lugar en la iglesia parroquial de San Lorenzo esta mañana á las nueve, ¡el primero, y á las diez el segundo. Por tan señalado favor dan las mas expresivas gracias.

Murcia 4 de Septiembre de 1906.

CASA MORTUORIA, SAURIN, 3.

NO SE REPARTEN ESQUELAS

El Liberal en Murcia

Es el diario de mayor circulación de Levante
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

EDUCACION FÍSICA

Hacia la difusión de la educación física
tienden hoy las orientaciones de la pedagogía moderna, mejor inspirada que lo estuvo en otro tiempo, cuando quiso darle al cerebro una supremacía tiránica sobre el cuerpo.

En todos ellos el ejercicio hecho ciencia razonada de la gimnasia, es decir la gimnasia científica como norma de educación, constituye una de las ramas principales, si no la más principal, de la acción docente.

Hacer sólida y viril la inteligencia por el desarrollo higiénico del cuerpo, por su flexibilidad muscular, por la acertada ordenación de los movimientos, por el juego clásico de los miembros, distensos hacia un fin de equilibrada vigorización, es el vasto plan que se propone esta moderna ciencia pedagógico-física que tantos adeptos cuenta en Alemania é Inglaterra, y sobre todo, en Suecia.

Sería algo expuesto afirmar en redondo que el ejército germánico venció á Francia en 1870 porque en Alemania cada escuela y cada cuartel es una verdadera sala de gimnasia, donde los niños y los adultos se entregan con pasión á los ejercicios corporales. Pero habrá quien se atreva á optar por lo contrario, sabiendo cómo se endurece y disciplina el nervio de una raza cuando se le somete á un régimen tenaz y reflexivo de afinamiento y mejora?

La gimnasia que no es el acrobatismo, que no es el vano sport de brincos y piruetas que muchos suponen, que no es tampoco la vieja rutina practicada en algunos salones bajo un programa oficial, vacío é ilógico, tiene un objeto más profundo y humano, que ciertos pueblos han sabido vislumbrar, haciéndole accesible y practicable por decirlo así en la corriente de las costumbres y de las inclinaciones propias.

Tan preciosa ciencia en un sentido amplio que es preciso reconocerle, abarca cuanto se relaciona con los movimientos musculares, con la agilidad y destreza del cuerpo.

La natación, el remo, la lucha de fuerza, el foot-ball, el cricket, ¿qué son en suma más que una derivación de la gimnasia, que una aplicación de sus principios á las reglas de un deporte entretenido é higiénico?

En el salto y en la carrera, como en los demás ejercicios de esta índole, donde el organismo sale de su normalidad funcional para entrar durante un espacio de

tiempo más ó menos largo en un régimen de actividad y fatiga que vigoriza el temple de las energías y redobla la flexión media de las fuerzas, hay elementos inapreciables, bien dirigidos se entiende, de fructífera educación física que no deben menospreciarse.

La pedagogía vejativa, rutinaria, arisca, que se encastilla en el rincón de la escuela como en una torre de marfil, tamiendo el saludable oreeo de los espacios libres y secustrandó las actividades que ansian la libertad, está ya mandada á recoger en nuestros países, donde se tienen de estas cosas el alto concepto que verdaderamente merecen.

Hay que vivir en contacto con el pleno aire, en la íntima compenetración de la luz y con los horizontes que nos también luz para el espíritu. Un pueblo que echa el carrojo á los ventanales del espíritu reduciéndole el campo de su visualidad, ó que ahorrja la impulsiva expansión del cuerpo, negándole ocasión á medios de su desarrollo, tendrá siempre á la vista la sombra siniestra de una decadencia ó de un retroceso, por lo menos, que acecha amenazador.

Es es furate, hay que serío en la lucha ruda del mundo, por el entendimiento, pero es menester serío también por el músculo. No es que el puño sea la razón del derecho, ni la fuerza la ley del poder. Es que radica en el equilibrio de la inteligencia y la materia, la virtud que nos da la fórmula de la verdadera emancipación.

En las naciones ocurre como entre los niños. Por sus juegos se deducen los altibajos de sus cualidades y sus apatitudes. Comparecen los deportes de cualquier nación, de Inglaterra, por ejemplo, con su prosperidad y grandeza, y digasen si es cosa baladí esa serie interminable de ejercicios á que con tanto entusiasmo se entregan los ingleses. Entre el foot-ball, el cricket, el golf, el hockey, el tav tennis, el canolage, etc., y la desmesurada prepotencia nacional del imperio británico, existe una íntima concomitancia que es preciso ser muy miopo psicólogo para no estimarla en lo que vale.

Ricardo Mirat.

CARTAGENA

La tormenta de ayer.—Chispas eléctricas.—Un herido grave.

Ayer tarde descargó una formidable tormenta que no alcanzó á esta ciudad, pero que en sus proximidades ha producido daños y alarmas considerables.

La vasta extensión comprendida entre la diputación de Canteros y Carrascoy, ha sufrido los efectos de dicha tormenta, la cual dejó caer un aguacero verdaderamente torrencial.

Desbordada por efecto de la avalancha de las aguas la represa de Benipila, se inundaron todos los terrenos á ella próximos, incluido una buena parte del Esquanche de esta ciudad.

Los daños materiales ocasionados han sido de no escasa consideración.

Varias familias pobres, que dormían debajo de los Siete Fuentes, se salvaron milagrosamente, gracias al eficaz auxilio del caracol y las voces que anunciaban la proximidad del peligro.

Un ojo cejo fué sacado casi arrastrando de aquel sitio, momentos después invadido por las aguas desbordadas, y en el cual quedaron abandonadas sus muñetas.

Durante la tormenta cayeron varias chispas eléctricas.

Una de ellas cayó cerca de Cabo Tiñoso, en una barraca en la cual se hallaban varios individuos, entre ellos el carabnero D. Diego Rodríguez Gamacho, que prestaba servicio.

Dicho carabnero resultó con gravísimas quemaduras, á consecuencia de las cuales teme que fallezca.

La alarma producida en todos aquellos parajes fué extraordinaria.

Varios sucesos

En la calle de San Antonio el Pobre han reñido dos sujetos, haciéndose un disparo sin consecuencias y produciéndose gran alarma entre el vecindario y transeúntes.

El autor del disparo ha sido detenido y se busca á su contrincante.

El ciclista Manuel Ortega Medina, de 17 años, ha caído de la máquina, resultando con contusiones y erosiones en la cara y mano derecha, de las que ha sido curado en el hospital de Caridad.

En riña con una mujer, ha resultado con arañazos en el cuello y cara y contusiones en la muñeca izquierda. Silvestre Vidal Zapata, de 30 años. Ya es sabido que manos blancas no ofenden.

Por escandalizar en la calle de la Aurora ha sido detenido y conducido al depósito un sujeto de nada recomendable antecedentes, llamado José Morales Moreno.

3 Septiembre

HACIA EL PORVENIR DEL CORREO ESPAÑOL

Pugnamos con nosotros mismos, por hacernos la ilusión de confiar en que los ajenos al Cuerpo laborarán por él, basándose en que éste les sirve y que sus servicios han de estar en proporción directa —seguramente guardarían progresión geométrica— con su organización, con su cantidad y calidad de personal y de material; pero, en realidad, el optimismo que nos anima en cuanto al porvenir del Correo español no nace de la confianza que tengamos en los demás, sino que se engendra en nosotros mismos, en nuestra insuperable y buena voluntad.

Este fenómeno pinta la idiosincrasia del Cuerpo de Correos; pues no deja de prestarse á reflexionar que en vez de decir: «si nos necesitan transformados, que nos transformen»; digamos: «puesto que transformados nos necesitan, transformémosnos.»

Y esto sucederá, indefectible, fatalmente; porque para el cambio entra como factor la imperiosa, la ineludible necesidad.

No obstante, la actitud presente y pasiva de los damnificados, ¿qué obedecen? El letargo de las representaciones de las fuerzas vitales, de las clases productoras de riqueza nacional, ¿pueden subsistir? Las Cámaras de Comercio, las de la Industria, las Ligas agrarias, los Senadores, los Diputados españoles, ¿no pueden hacer otra cosa que lamentar los escasos y deficientes servicios de Correos? Los grandes y pequeños diarios ó periódicos, políticos é independientes ó profesionales, ¿no saben hacer más que formular quejas de que tal suscriptor dice no reci-

bir puntualmente los envíos de sus Administraciones?

Aparte de considerar que sólo los exiguos extravíos, las escasas pérdidas, los reducidos retrasos, las pocas equivocaciones son los que se publican y difunden y comentan, sin que nadie haga mención, que en verdad no mereca; el cumplimiento del deber, de la inmensa cantidad de servicio que se desarrolla y cumple exacta, cronométricamente, sepan todos que igual en oficinas fijas que en ambulantes es crecidísimo el número de objetos de todas las clases que el Correo transporta, que ha de recibir, distribuir y entregar un funcionario postal, en lucha constante con el material de que dispone; sepan todos que la causa es que de los veinticinco millones de pesetas que el Correo produce, sólo se invierte en él la tercera parte.

No hay necesidad de recurrir á ilustrativas pero pesadas estadísticas de otras naciones para comparárlas con las anteriores cifras; bástanse ellas en sí, y se sobran, para dar la más acabada idea y producir la más completa convicción de que si lo que el Correo produce se invirtiese íntegramente en él, sería tres veces mejor.

Y aquí se ocurre preguntar: ¿pero debe gastar el Estado en el servicio de Correos todo lo que produce? Si. Y la respuesta es de tal lógica que no necesita razonamientos, aunque en su apoyo los han dado con elocuencia y convincentemente sociólogos reputadísimos, estadistas insignes, sabios hacendistas.

¿Cómo conseguirlo? El artículo próximo será un esquema de cómo entendemos que se debe intentar. Y en él se verá la acción que el asunto compete á los ajenos al Cuerpo, ya que los que nos honramos con pertenecer á sus filas hemos de poner un límite en abogar por él, para hermanar los deseos de verlo próspero, con el amor que le profesamos en este infunitorio que recorre, sino triunfante, sin desmayos, animado por la fuerza del optimismo que nace en nuestra insuperable buena voluntad.

Joaquín Herráiz

TIRADA DE PALOMAS

Ha corrido la noticia de la celebración de la tirada con una rapidez extraordinaria, la satisfacción es general, todos los aficionados preparan sus elementos y es tal ya el número de los que han pedido matrícula que temo se vea precisada la comisión á limitar número, en vista de la excesiva concurrencia de tiradores.

También hay pedidas muchas localidades y la comisión se ve obligada, por evitar disgustos, á señalar día hasta el que se reservarán para los señores socios y sus familias.

BASES PARA LA CELEBRACION DEL CONCURSO

Podrán tomar parte los mayores de 20 años de edad que sean socios del Tiro Nacional con las matrículas que se detallarán, y los no socios que deseen inscribirse abonarán matrícula doble.

El concurso se dividirá en dos partes, una á pichón solo con sus correspondientes premios y la segunda á carambola también con sus premios.

La cuota de inscripción para el tiro á un pichón solo será de 10 pesetas y para el de carambola de 5 pesetas.

La tirada se hará con cajas apropiadas situadas á las distancias que se indicarán. El certamen se celebrará en la forma siguiente:

La matrícula de inscripción tendrá un número que servirá para realizar el sorteo que marcará el orden de la tirada de los concursantes.

Cada tirador, en su orden, se presentará al Jurado con la escopeta abierta y previo reconocimiento de los cartuchos, se le autorizará la carga, colocado en su puesto en la disposición que el Jurado le exprese.

Al propio tiempo se procederá á colocar los pichones en las cajas.

Un toque largo de bocina será la señal de atención para que el tirador y el encargado de abrir las cajas se preparen; un toque corto de bocina indicará al encargado de abrir las cajas que puede dar salida á un pájaro, al que podrá el tirador disparar los dos cañones de su escopeta.

No dependerá de la voluntad del tirador la salida del pájaro, y queda terminantemente prohibido al encargado de abrir las cajas hacer indicación alguna que enseñe al tirador el pájaro que haya de salir.

De igual modo efectuarán la tirada todos los matriculados á un pichón.

Esta tirada corresponderá á los dos primeros premios y quedarán eliminados para sucesivas tiradas de dichos dos primeros premios, los tiradores que hubieran errado el primer pájaro, continuando con nuevas tiradas aquellos que hubiesen hecho blanco.

Se continuará de igual modo con el segundo pájaro y los sucesivos hasta que queden dos tiradores que hagan más

blancos que los demás, á quienes se adjudicarán los dos primeros premios y se disputarán el 1.º en igual forma, quedando excluidos para las tiradas correspondientes á los otros premios.

El Jurado declarará sus nombres á los concursantes y al público.

A continuación se procederá en igual forma á la adjudicación de los premios 3.º y 4.º, así como el 5.º y 6.º.

La distancia á que se colocarán las cajas del tirador será de 20 metros y el radio de muerte válido se considerará hasta la contrabarrera, es decir, que todo pájaro que caiga muerto fuera de ella, ó sea en el tendido, gradas, etc. etc., no será válido para el tirador.

Para que pueda considerarse válido un pájaro que caiga herido dentro del radio señalado, deberá ser cogido dentro del expresado radio, por lo que se autoriza al tirador que dispare su segundo cañón al pájaro caído dentro de dicho radio, aunque esté parado.

El pájaro herido que se detenga, aunque sea momentáneamente, fuera del radio de muerte, no será válido, aun cuando después caiga muerto dentro del radio.

Si al disparar sobre un pájaro diere falta un cartucho y lo errara con el segundo cañón, tiene derecho el tirador á un nuevo pájaro, pero con un solo cartucho en su escopeta.

No podrá dispararse sobre el pájaro mientras no arranque á volar de la caja. Para la absoluta seguridad del público y los demás tiradores, cada tirador en su puesto se ajustará estrictamente y sin la menor discusión, á las prescripciones que en beneficio general establezca el Jurado.

Como medida de previsión, todos los tiradores llevarán las escopetas abiertas mientras permanezcan en la plaza, cerrándolas únicamente en el momento que el Jurado lo autorice.

Carambolas.—Se procederá en idéntica forma para este ejercicio sin más diferencias que la distancia de las cajas será de 15 metros, saldrán dos pájaros en lugar de uno, y habrá tres premios en lugar de seis.

Serán eliminados en esta tirada de este ejercicio los que no hagan la carambola, es decir, maten en las condiciones antes dichas los dos pájaros.

Si en alguna de las tiradas tanto del primer ejercicio como de carambolas dejaren de hacer blanco ó carambola todos los tiradores que en ella toman parte, se repetirá la tirada entre ellos.

Como acuerdo muy generalizado, se distribuirán las palomas recogidas entre los matriculados.

Se terminará la tirada á las seis y media ó antes si á petición de los tiradores considerase el Jurado que no hay luz suficiente.

En el caso de suspensión del certamen por afluencia de tiradores y falta de luz, la comisión acordará y lo anunciará, el día en que habrá de terminarse.

El sorteo de los tiradores tendrá lugar á las tres y cuarto y se recomendará la puntual asistencia, porque no podrá tomar parte en una tirada empezada el tirador que no haya sido sorteado.

Murcia Agosto de 1906.—La Comisión.

Nota.—Los premios se anunciarán oportunamente.

Diana.

Orihuela

Más sobre el Centenario

No hay calle ni plaza en Orihuela, por humilde que sea la condición y estado social de sus moradores, en que no se hagan grandes preparativos para la celebración de las fiestas del Centenario de la Patrona.

Para probar este nuestro aserto, bastará decir que un notable artista hijo de esta tierra, está construyendo un precioso arco, que habrá de llamar la atención, por el concurso de los entusiastas vecinos de la calle de la Meca.

A los habitantes de la calle de Santiago, que están dando pruebas de que no hay quien les aventaje en iniciativas ni en afluencia en toda Orihuela, les enviamos un aplauso por su buen comportamiento y acierto en el asunto que llevan entre manos.

La comisión de fiestas de los Santiaguenses la componen el maestro de obras públicas D. Francisco Sánchez, D. Abraham Pardines, D. Luis Pérez y otros.

Numerosas comisiones de vecinos del Arrabal Roig han hecho entrega al capellán del Santuario de Monserrate de preciosas banderas que aquellos regalan á la Patrona con objeto de que sean colocadas en la fachada ó torre de dicha iglesia.

La entrega se ha hecho con vivas y aclamaciones.

Enferma

Lo está, aunqueafortunadamente no de gravedad, la bella y distinguida señorita Adela de Lacárcel, á la que deseamos un pronto y total restablecimiento.

Boda

En la parroquia del Salvador se ha verificado hoy el matrimonio de la distinguida señorita Mercedes Candela con D. Cayetano Lafuente.

Han sido padrinos D. José Román y su esposa.

A la ceremonia nupcial han concurrido muchos amigos de los contrayentes. Estos han salido para su hermosa posesión de San Miguel de Salinas, en donde pasarán la luna de miel, visitando después varias poblaciones. Nuestra enhorabuena á la enamorada pareja.

3 Septiembre

DIARIO DE MURCIA

VIENDO LOS TOROS

El domingo, á la caída de la tarde, me fui hacia la Plaza de Toros, con ánimo de ver á mi satisfacción los nueve Sastillos que se han de lidiar el próximo sábado. Desde que penetré en el caso de la Condomina—como llama El Diario Murcia á la Plaza nueva—sentí en mí la influencia de los toros, que se traducía en cierto respeto, no exento de temor. La inmensa Plaza estaba sola, silenciosa. De cuando en cuando se oía retumbante el martilleo de los carpinteros, que están reparando algunas averías de las puertas y barreras. Yo me dirigí hacia el toril, donde llamé en vano, porque no me oyeron; pero subí al pasillo de la grada cubierta, me asomé por uno de sus estrechos ventanales que dan al corral, y me encontré con los toros.

Creo un cuando va á satisfacer esta curiosidad, que se va á encontrar á los toros como ellos son por naturaleza, fieros, irritados de verse presos y lejos de su dehesa, desafiantes, mosqueando la cola y arrancando tierra con las pezuñas: pero no sucede tal, ocurre lo contrario. Los nueve Sastillos estaban el domingo cuando yo los vi, quietos, tranquilos, como si toda su vida hubiesen habitado aquel corral y se hubiesen acostado á la sombra de sus árboles, y no hubiesen tenido otro comedero que aquellos pesbres.

Los nueve tenían diferentes posiciones, pero todas ellas eran como de abandono perezoso, de un grato descanso, de un dulce no hacer nada.

Uno estaba echado sobre los cuatro remos y con la cabeza levantada mirando fijamente á la pared, como si estuviera leyendo en ella.

Otro estaba en igual posición, pero recostado sobre el muro.

Dos habían mirando á los pesbres, bien previstos de pienso, que no probaban, porque estarían hartos y haciendo gana.

Uno se rascaba el cuello sobre un pesbre como si fuera un burro.

Había en medio del corral, dos negros; uno le hacía morisquetas al otro, como queriendo jugar con él, y éste le rechazaba y se ponía á la defensiva.

Finalmente había uno que parecía que estaba en éxtasis. Plantado sobre los cuatro remos, sin mover siquiera la cola, con la cabeza levantada, tenía los ojos fijos en no sé qué por lo alto. Si pudiera decirse con algún fundamento, diría que aquel toro estaba meditando hondas cosas. Este toro filósofo, pensador, es el único que hay de color claro, rojo; los demás todos son negros ó oscuros. Doy pelos y señales, para ver cómo se porta ese pequeño filósofo, que no hizo el menor movimiento en los veinte minutos que les estuve contemplando.

Los toros vistos allí, no parecen fieros; por el contrario, recuerdan los idios de los campos, los misterios de Noche Buena, los poetas buélicos, los sacrificios sagrados del pueblo de Israel y las fábulas de la mitología pagana. En el toro empieza la fiera sin saber cómo. El toro «Pajarito», en la Plaza vieja, acoirazó é hirió gravemente á un vaquero que se confió en que le conocía; y por eso decía el pobre gañán, doliéndose en una cama del Hospital: ¡Bien te has portao, «Pajarito», habiéndote ya eriao con tanto regalo!

Si entre los nueve Sastillos, que tan bonachones parecían el domingo en la placidez de aquel corral, hubiese caído por casualidad desgraciada un hombre, cualquiera de ellos, hasta el filósofo, lo despedaza. Son brutos y fieros; no sirven para la labranza. Lidia ó carnicería; hierro y acero, ó cachete.

Considerándolos como destinados á la lidia, aunque yo no presumo de entendido, diré que me parecían los nueve muy buenos, finos, nobles para la pelea y de muy excelentes condiciones para que los toreros se luzcan en todas las suertes y resulte la corrida agradable.

Del que no me fio y temo que haga alguna que sea sonada, es del pelirrojo. La meditación honda en que parecía estar sumido, me da mala espina. En aquella cabezota no cabían más argumentos que los que brotaban y muy afilados de ella. Varemos cómo los emplea.

José Martínez Toppel.

SOCIEDAD EDITORIAL DE ESPAÑA
OFICINAS
CONDE DE ARANDA, 1
MADRID

Un suicidio

(DE LA EDICION ANTERIOR) Esta mañana circulo rapidamente la noticia de haberse suicidado D. Francisco Julio Martinez Montejano, de 63 años, propietario, vecino de la calle de Sautin, numero 3.

La noticia ha tenido triste confirmacion. Nuestros informes acerca del suceso son los siguientes: Esta mañana a las siete salio a oír misa a la iglesia de San Lorenzo la esposa del Sr. Martinez Montejano, quedando éste en la casa con su hijo que se hallaba durmiendo.

A las siete y media regresó dicha señora y poco antes de llegar a la casa oyó una detonación, no creyendo nunca en el trágico fin de su esposo.

Cuando penetró en la casa se dirigió a una alcoba de la planta baja, donde halló a su esposo tendido en tierra y bañado en su propia sangre, siendo atacado de un síncope.

Entonces se apercebieron de que algo anormal ocurría los dependientes de la imprenta de D. Andrés Sáez, siendo los primeros que acudieron a prestar auxilio.

El hijo del Sr. Martínez, como dormía en el último piso, se enteró de los últimos. El Sr. Martínez Montejano se había disparado un tiro en la sien derecha, con un revolver Smit del calibre 9, cayendo delante del espejo que hay en la alcoba.

El suicida no tenía completas sus facultades mentales y así se explica la fatal resolución del Sr. Martínez Montejano, que disfrutaba en Murcia de excelente reputación.

El señor Martínez no murió en el acto, habiendo tenido tiempo de recibir los auxilios espirituales.

El juzgado de instrucción de San Juan se personó en el lugar del suceso, accediendo a que el cadáver no saliera de la casa.

A la desconsolada familia del finado acompañamos de todo corazón en la tremenda desgracia que la aflige, deseándole la resignación para soportarla.

GARCÍA PRIETO EN GIJÓN

(POR TELÉGRAFO) Festejos Gijón 3 (12 t.) Se preparan grandes festejos en honor de García Prieto. Se le dará un banquete en Pravia con motivo de la inauguración de las obras del puerto.

Calasparra

De Aguilas Ha regresado de su excursión veraniega D. Gabino Soler acompañado de su señora hermana D.ª Pascuala y su bella sobrina Joaquina. De Torrevieja De esa animada playa han vuelto doña Luisa Ruiz Godínez y su simpática prima la Srta. María Godínez, acompañadas del hermano de ésta D. Estanislao. Mejorada Dentro de la gravedad de su estado se encuentra mejorada la señora viuda doña Antonia Martínez, lo que celebraremos con entusiasmo rápidamente. Regreso De sus posesiones de Moratalla han regresado el joven D. Juan Ruiz de Amórgo y su señora madre. Enfermo Al cerrar esta correspondencia nos en-

teramos de que D. Pedro Hervás, secretario del Ayuntamiento, se encuentra gravemente enfermo de una angina de pecho. Celebraremos poder rectificar la noticia en el sentido de que no sea tan grave la dolencia que le aqueja.

Hundimiento

Esta mañana en la calle de Rosillo se ha desplomado una casa deshabitada sin que afortunadamente haya producido desgracias el accidente; pero conviene que se aproveche la lección para ordenar el derribo de los edificios cuyo derrumbamiento sea de temer.

Para la feria

Ya han sido comprados en Orcera (Jaén), los cuatro toros que se han de lidiar en la corrida de feria, los cuales son, según dicen, de excelente lámina. 2 Septiembre.

SAN SEBASTIÁN

(POR TELÉGRAFO) Los reyes a Bilbao San Sebastián 3 (4'15 m.) Los reyes embarcaron a las nueve de la noche en el «Giralda». A las seis zarparán para Bilbao.

INSTRUCCION PUBLICA

El sábado último 1.º de Septiembre celebró sesión ordinaria la Junta de Instrucción pública, bajo la presidencia del señor gobernador D. Ricardo de la Rosa y con asistencia de los señores vocales doña Concepción de León, D.ª María Maroto, en concepto de directora accidental de la Escuela Normal de maestras, don Ildefonso Montesinos, D. José Povoda Cuenca, D. Gonzalo García Muñoz, don Miguel Serrano Roca, D. José Sarvet Magenis, D. Diego García Avilés, D. Ezequiel Cazaña Ruiz y D. Luis Orts González.

El señor gobernador dirigió un afectuoso saludo a la Junta que presidia por primera vez, manifestándose partidario entusiasta del fomento de la enseñanza y ofreciendo su valiosa cooperación para el régimen y desarrollo de la cultura popular en esta provincia.

La Junta agradeció los ofrecimientos de nuestra primera autoridad, acordando que se consigne en el acta la satisfacción con que ha visto tan excelentes propósitos.

Entrando en la orden del día se tomaron los siguientes acuerdos: Se nombró una comisión compuesta por los Sres. Montesinos, Pause, Cazaña, Serrano, López Gómez, Povoda Cuenca y Orts y Srta. Carra y Srta. D.ª Remedios López que se encargue de convocar con urgencia a los niños de las escuelas que aún no han sufrido examen para que sean examinados en unos de los salones del Ayuntamiento, antes de que se celebre el reparto de premios en el festival del Teatro Roma.

Para la designación y clasificación de los niños que han de concurrir a dicho festival se acordó que D. Luis Orts como secretario de la Junta se ponga de acuerdo con el señor alcalde, facilitando todos los antecedentes que sean necesarios.

Se informó favorablemente un recurso de alzada interpuesto por D. José María Bravo y D. José García Sanchez contra una resolución denegandoles la permuta que tenían entablada.

Se designó una ponencia compuesta por los Sres. Cazaña y Orts, para que informen en el expediente de los auxiliares de las escuelas graduadas de Cartagena que solicitan el nombramiento en propiedad para los cargos que desempeñan.

Se acordó informar favorablemente la instancia de D.ª Purificación Noguera, maestra de San Antonio Abad (Cartagena), solicitando su nombramiento para

una de las escuelas públicas de Madrid. Examinados los expedientes en solicitud de nuevos títulos administrativos de aumento de sueldo de los auxiliares de ambas escuelas graduadas y de varios maestros de las escuelas públicas de este término municipal, la Junta acordó informarlos favorablemente y elevarlos a la Superioridad. El mismo acuerdo recayó en el expediente de los maestros de la Palma que también solicitan aumento de sueldo.

Pasaron a informe del señor inspector los siguientes expedientes: El de sustitución por imposibilidad física incoado por D. Antonio Armunia, maestro de Sangoñera; el de D. Pedro Jiménez, maestro de Puebla de Soto, y el de D.ª Concepción Romero del Llano de Molina, que solicitan aumento de sueldo.

Por último, el secretario expuso a la Junta el estado deplorable en que se encuentra el material de la oficina por no haber satisfecho la Diputación provincial consignación alguna desde el mes de Junio de 1905, a pesar de los múltiples servicios que diariamente se ofrecen en la secretaría. También manifestó el señor Orts que a los empleados de la oficina se les adeudan algunos de ellos hasta 16 mensualidades de su modesto sueldo, creándose con esto una situación apuradísima e insostenible.

El señor gobernador, haciéndose eco de las justas reclamaciones del secretario, manifestó que desde que se hizo cargo del mando de la provincia viene dedicando su mayor interés para conseguir el mejoramiento de la Diputación y que hará eficaces gestiones para que sean atendidas con urgencia las necesidades de la secretaría de Instrucción pública y demás dependencias de provincia.

El diputado provincial D. Gonzalo García Muñoz hizo también uso de la palabra, lamentándose de la crisis que atraviesa la Diputación y ofreciendo el apoyo que pueda prestar por su parte.

MADRID

(POR TELÉGRAFO) Teatros clausurados Madrid 3 (11 m.) En vista del dictamen de la comisión de espectáculos públicos, el gobernador ha clausurado los teatros de Esclava, Roma y Actualidades, por las inseguridades en salvarse el público y los artistas en caso de incendio.

ALBACETE

(POR TELÉGRAFO) Teatral Se han repartido ya las listas de la notable compañía de zarzuela cómica que dirigida por Emilio Duval, actuará en el teatro-circo durante la temporada de feria. Figuran en ella el maestro director Antonio Puchol, las tiple Dolores Forá y Carmen Sevilla, el tenor cómico Valeriano Ruiz París y otros artistas no menos reputados.

Se está haciendo un buen abono y todo hace esperar una brillante temporada. 2 Agosto.

LOS TRATADOS

(POR TELÉGRAFO) El convenio con Suiza Madrid 3 (11'45 m.) La Gaceta publica el convenio con Suiza y se dispone que desde el día 5 se apliquen a los productos suizos la segunda tarifa de los aranceles en las rebajas estipuladas en los tratados que está en vigor. Se derogan las disposiciones relativas a la guerra de tarifas.

Lo que dice "El Imparcial," El Imparcial recoge la impresión de que Guillón se muestra disgustado con Navarro Reverter a causa de atribuirse el solo el triunfo del arreglo del convenio

de Suiza, relegando a un término secundario la brillante intervención de los diplomáticos.

Ladrón detenido

La guardia civil ha realizado un buen servicio.

Debido a las acertadas instrucciones del sargento del puesto del Estrecho don Juan Rufeta Sánchez, hábilmente secundadas por el guardia segundo José Pinar Vázquez y José Siles, de dicho puesto, el cabo del de Murcia Francisco García y García y el guardia del de La Unión Eugenio Latorra Manzanaras, ha sido detenido en esta capital el capitán de una cuadrilla de ladrones, que, por lo visto, pretendían hacer de las suyas durante los días de feria. La combinación les ha fracasado.

Francisco Mataix Vellilla, que así se hace llamar el pájaro detenido, tiene unos 42 años y dice ser de Alcoy.

De la fonda de la Marina de Torrevieja, donde ha estado, desapareció llevándose 14.000 reales, y de Alicante se dice que son numerosas las víctimas que ha hecho por medio de timos.

En el acto de la detención le fueron ocupados documentos importantísimos, reveladores de la existencia de una cuadrilla de ladrones dirigida por él.

No damos más detalles por no entorpecer la gestión de la guardia civil, que si consigue descubrir a los que componen la cuadrilla, será un gran éxito y un señalado mérito en sus hojas de servicio.

LA VENDIMIA

Durante la maduración, la composición de la uva puede variar de un día a otro de un modo muy sensible.

También se observa que la misma clase de uva que entra en los fagares varía de composición cuando han mediado algunos días de intervalo en la vendimia. De aquí la importancia de fijar, no sólo la época, sino el momento preciso de la recolección.

De muy diversas circunstancias, depende que el viticultor adelante o retrase la vendimia. Las uvas rojas o negras resisten a la intemperie peor que las blancas; la materia colorante de su película puede alterarse y sufrir, por tanto, una depreciación. En los vinos tintos ordinarios, el azúcar que queda en exceso después de la fermentación es un inconveniente para su buena clarificación y conservación, a la vez que comunica a los vinos un sabor un poco agradable.

Por esto movió las uvas rojas o negras deben vendimarse mucho antes que las blancas, siendo de interés para estas últimas retrasar todo lo posible la vendimia.

Las uvas blancas, después de maduras, resisten bien sobre las cepas, sufriendo en ellas una sobremaduración, durante la cual la uva adquiere mayor número de principios azucarados y aromáticos, necesarios para la producción de vinos muy alcohólicos y dulces. Los vinos blancos ácidos provienen, por lo general, de frutos vendimados sin estar completamente maduros.

El único peligro que puede presentarse al retrasar demasiado la vendimia es la invasión sobre los racimos de varias clases de hongos microscópicos que, favorecidos en su desarrollo por la humedad del otoño, provocan la putrefacción. Los vinos obtenidos de estos frutos averiados resultan de mal sabor, fijos de acidez y propensos a la casca negra.

Para apreciar la maduración de la uva, el agricultor, en general, se fija en los caracteres exteriores de los racimos, como son: la dureza de los pedúnculos y pelliculas, el color de los granos, etc. etcétera. Los frutos de cada clase de cepa, en particular presentan caracteres especiales de maduración.

Esos caracteres son con frecuencia in-

suficientes. Los análisis de los mostos practicados sobre varias muestras de uva pueden dar indicaciones precisas de su maduración.

La sola introducción en los mostos de un densímetro ó un glucómetro bastará para indicar las variaciones de la riqueza en azúcar.

BANCO DE CARTAGENA CAJA DE AHORROS

CARTAGENA, MURCIA, LORCA, LA UNIÓN, AGUILAS Saldo anterior . . . Ptas. 5.261.529'17 Imposiciones durante la semana . . . 158.237'30 Suma . . . 5.419.766'47 Reintegros . . . 137.255'41 Saldo . . . Ptas. 5.232.511'06 Cartagena, 1.º de Septiembre de 1906.

JUSTICIA... Y NO POR MI CASA

El tranvía está «completo»; X va en la plataforma; quiere subir un sujeto y Y, que invoca «el respeto a la ley», no se conforma.

Está el cobrador confuso; pero X, con su rigor, oponiéndose al «intruso», amenaza al cobrador, si fuera «aqueí abusó».

Otro día... cualquier día, yendo «completo» el tranvía, en que le conviene ir, X batalla y porfia porque la dejen subir.

El cobrador trae a cuento el reglamento en vigor, y X, airado y violento, amenaza al cobrador y desprecia el reglamento.

X habla de la suerte de Madrid, donde no hay modo de que mano cierta y fuerte le libre del triste apodo de «la ciudad de la muerte».

Y dice con gravedad, indignación y energía, que aquí no hay autoridad, ni higiene, ni policía, ni siquiera caridad.

Peró un buen alcalde viene; se investiga y se descubre que X, por ejemplo, tiene alguna industria insalubre ó una finca «contra higiene».

Pues sí, con firmeza digna, quitan la industria maligna ó la finca echan al suelo, X protesta y se indigna y pone el grito en el cielo.

X, que es un buen señor, piadoso y conservador, reprimir no puede el llanto, si se acuerda con espanto de la época del Teror!

Y con ideas morales, que al crimen no hallan excusas, alevés y criminales llama a esas jóvenes rusas que asesinan generales.

Peró a X no enfervorizan esos sentimientos pios si a un liberal descautizan, ni le afligen y horrorizan las matanzas de judíos;

y siempre su alma ensalzó, con veneración devota, por mujer santa y de pro, a la famosa Carlota

que a Marat asesinó. Esto, y mucho más que pasa, porque X no pone tasa a su interés ó capricho, prueba la verdad del dicho: «Justicia... y no por mi casa». Y demuestra algo peor: que X, cambiando al tenor de ese interés egoísta, es a ratos anarquista y a ratos inquisidor. Felipe Pérez Gonzalez.

CERTAMEN LITERARIO

El Jurado designado para adjudicar los premios de este Certamen ha concedido: El premio a los «Tres sonetos», a los que llevan por lema «Alma y vida», número 196.

Para accésit de este premio, los titulados «Tres glorias», número 290. El premio ofrecido a la mejor poesía «A la Caridad», se ha adjudicado a la oda número 281 cuyo lema es «Allí está el manantial que no se agota».

Accésit, a la composición número 276 cuyo lema es «La caridad es un beso que da Dios al desgraciado».

El premio ofrecido a «Un cuento» se le ha concedido al titulado «Juan y Pedro».

Accésit al titulado «La Sierva», número 310.

Del «Estudio sobre el modernismo literario», ha sido premiado el trabajo número 328, cuyo lema es «De Aquiles de Peleoo canta, Dios».

Y el accésit, al número 194, cuyo lema es «El pueblo es el único público perfecto».

A LOS ANUNCIANTES

A petición de varios abonados en Cartagena a EL LIBERAL, confeccionamos una sección especial de anuncios-tarjetas que, bajo el título de Diario de Avisos de Cartagena, venimos publicando con gran éxito en la cuarta plana de este periódico.

Nuestro propósito en esta sección es de que sirva de una información tanto comercial é industrial como profesional, en que comerciantes, industriales, médicos, abogados, procuradores, notarios, cirujanos, dentistas, callistas, etc., etc., puedan disponer de un anuncio-tarjeta, en que consignen, por ejemplo, el nombre y apellidos, profesión y señas de domicilios.

Esta sección pueden disfrutarla igualmente nuestros abonados en La Unión, Portmán, Orihuela, Elche, Alicante y demás puntos de la Región, que conforme vayamos recibiendo órdenes de anuncios de los puntos citados, iremos separando las secciones por pueblos y provincias.

Los anuncios en esta sección estarán sujetos a igual medida de los que se publican, pudiéndose ocupar doble ó triple espacio, aumentando en igual proporción el precio del anuncio.

Los precios en esta sección serán los siguientes:

Por 30 días 5 pesetas
Por 15 días 3'50 »
Por 10 días 2'50 »

Una inserción, 50 céntimos.

VIZCONDE PONSON DU TERRAIL

PARIS MISTERIOSO

La dama del guante negro

TERCERA PARTE DE "LOS ESPADACHINES DE LA OPENA,"

—Antes de ponerse en camino para Francia, traté de averiguar lo que había sido del general; supé su casamiento y su muerte, también he sabido que la viuda se casó con vos, y, por último, que ésta ha muerto; por lo tanto, creo que hallaréis muy natural que me dirija a vos, que hoy lloráis la pérdida de la que fué esposa del general Ruvigny. —Caballero—dijo Lemblin—cuanto acabáis de contarme es extraordinario. Jamás al general con quien viví largo tiempo íntimamente y con cuya viuda me casé, me hablo palabra alguna de esa fábula ó historia que me habéis referido. El conde frunció el entrecejo y exclamó: —Cuanto os he contado es verdad, y tengo a vuestra disposición las pruebas necesarias. En primer término, la hija del general está en París, y en segundo, que conservo en mi poder la carta que me dejó el barón antes de abandonar San Petersburgo. Creo que conoceréis su letra.

—Seguramente—contestó Lemblin. El conde, sacando la carta del general, se la mostró a Héctor. —Efectivamente—dijo éste después de haberla examinado—no puede negarse que es letra del barón. —Ahora—replicó el conde—si queréis conocer a la hija, venid a cenar esta noche a mi casa, plaza de Beauvau... —Me es imposible, señor conde; me lo prohíbe el leño que lleva por mi querida esposa. —En ese caso—dijo el mayor—os la traeré aquí a fin de que la conozcáis. —Creo—contestó Lemblin—que no precisa que os toméis esas molestias; por otra parte, ¿qué puedo yo hacer si osbequió de la hija del general? —Dévoisve la fortuna. —Pero existe en realidad esa fortuna? —Indudablemente. —Y queréis ir al castillo? —Eso es lo que deseo. —Mi intendente os acompañará—dijo Lemblin. —No es posible—dijo el conde.—Habéis de ser vos. —¿Yo?—exclamó el capitán con acento de profundo horror. —Parece, señor de Lemblin, que mi proposición os ha disgustado. ¿Tanto horror os causa el castillo de Ruvigny? —No... Los recuerdos... Allí murió mi querida esposa. El conde Arleff fijó su penetrante mirada en Lemblin, como si tratase de leer en la conciencia de aquel hombre. Con fría calma añadió: —Es preciso que me acompañéis. El cofrecito, a más de dinero, puede contener títulos de la renta, es-

crituras de propiedad, y es necesario que presenciéis su apertura. —Pero, caballero...—balbuceó Lemblin. —Viendo esto—interrumpió el conde—que será preciso que la joven que pretendo presentaros, sea la misma que os invite a ir al castillo. —Pero ¿qué interés os guía, señor conde, en que sea yo mismo en persona el que os acompañe a Ruvigny? —¿Ya os lo he dicho anteriormente? Y ya que por ahora no tenéis gran interés en conocer a la hija del general, acudid esta noche, a las nueve, a mi casa. Estaremos solos. Lemblin pareció vacilar un momento y por fin respondió: —Íe. El conde se levantó, siendo acompañado cortemente por el capitán hasta la puerta. Lemblin se encerró en su biblioteca, y dejándose caer en un sillón exclamó: —Los remordimientos me torturan. Habrá llegado la hora de mi castigo? Efectivamente, Héctor Lemblin sufría de un modo horrible. ¿Era la sombra ensangrentada del general Ruvigny, que ante él se erguía amenazadora? ¿Venía a acusarle de su muerte, de la deshonra de su mujer y del robo de su fortuna? El alma del capitán era un abismo sin fondo. Los remordimientos que sentía por su primer crimen, que le puso en posesión de la mujer y fortuna del general, eran menores que los que sentía por la muerte de su esposa, fallecida a causa de una misteriosa enfermedad. ¿Qué nuevo crimen había cometido este hombre? El día transcurrió y llegó la hora de la cita con el conde Arleff. Nueva mente vaciló, y tentado estuvo de no comparecer a la cita. Un sentimiento extraño le hizo por fin decidirse.

—Vamos—se dijo—iré, quizá esta reparación, aunque tardía, alivie, en parte, mis remordimientos. Bajo la influencia de este último pensamiento, y temiendo nuevas vacilaciones, dió orden de que preparasen el carruaje. Y a las nueve en punto se hacía anunciar en casa del conde Arleff. Desde su llegada a París, habitaba el conde en un hotelito de reciente construcción, situado en la plaza Beauvau, en el barrio de San Honorato. Un portero, de lujosa librea, franqueó la puerta, por la que penetró el cupé de Héctor, que se detuvo en el patio. Dos lacayos del conde acudieron presurosos al estribo. Uno de ellos le dijo: —El señor conde os espera; tened la bondad de seguirme. El capitán descendió del carruaje y siguió al lacayo, que le condujo al primer piso; el interior de aquella morada era lujoso en extremo y revelaba el buen gusto de su propietario. El lacayo, seguido del capitán, se detuvo en la puerta de un saloncito amueblado con refinado gusto. El conde Arleff salió al encuentro del capitán y le hizo pasar adelante. En el saloncito había una joven de belleza deslumbradora que impresionó vivamente a Lemblin, el cual, por más que trató de buscar en su rostro alguna semejanza con el del general, no la halló. Después de los saludos de rúbrica, mirando su reloj el mayor, exclamó: —Habéis sido puntual, señor capitán. —Acostumbro a serlo en todas ocasiones, y tratándose de vos, con mucha más razón había de serlo. —Gracias, capitán—contestó sencillamente el mayor.—Y a propósito—añadió—¿no os parece que

esta señorita tiene un gran parecido con el general Ruvigny? Lemblin miró a la joven detenidamente y balbuceó algunas palabras, sin negar al afirmar nada. La joven en cuestión estaba vestida de riguroso luto, y una de sus manos estaba cubierta por un guante negro. Esta singularidad llamó la atención del capitán. —Esta mañana—dijo el conde—demostrásteis alguna repugnancia cuando os propuse que me acompañarais al castillo de Ruvigny. ¿No es cierto? Estas palabras acabaron de consternar al capitán, que atolondradamente contestó: —Sí... efectivamente... —¿Y qué causa os obliga a ello?—le preguntó la Dama del guante negro, pues no era otra la joven vestida de luto. —¿Acaso algún interés secreto os prohíbe complacernos, siendo una cosa que os interesa a vos también? Lemblin levantó la cabeza para mirar a su interlocutor; la mirada de ésta estaba fija sobre él, y tan terrible era, que se vio obligado a inclinar la cabeza, como el reo ante el acusado. La Dama del guante negro continuó: —¿Estáis dispuestos a acompañarnos? Si ó no? —Íe—respondió con humildad el capitán. Una hora larga permaneció en el saloncito con la Dama del guante negro; lo que sucedió en el transcurso de aquel tiempo, fue para él un sueño confuso, cuyo significado no acertaba a comprender. Aquella extraña mujer le fascinaba y su mirada le hacía perder todas sus energías. Las diez dieron en el reloj de sobremesa, y el capitán, levantándose, se despidió de sus interlocutores. Al retirarse, le dijo el conde: —Señor capitán, pasado mañana, a las nueve, iremos a Ruvigny.

Conversaciones femeninas

De como se hace la moda
Muchas veces he oido estas preguntas: Quien proclama la moda? Como se lanza? Es un tema delicado que interesa a todas las mujeres...

Pero lo curioso es observar el cuidado celoso con que cada casa oculta sus nuevos modelos...

Para poner al corriente a mis lectoras, he preguntado a los talleres más importantes de la calle de la Paix...

En todas partes, los procedimientos son casi los mismos. Los modelos se crean dos veces al año...

Rectificando allí, arreglando allí, de sus trabajos salen creaciones. Verdad es que el modelo primitivo ha sido copiado...

Además, cuando el dibujo se pone en ejecución, se retoca todavía: tal pliegue parece defectuoso...

Conviene notar—me dicen—que una moda que se lanza no arraiga verdaderamente bien sino un año después...

Se hace poco a poco, y después de algunos meses, cuando en las carreras, por ejemplo, se ven cinco, diez, doce señoras...

Por lo demás, no sufrimos en todo esto siempre la influencia del ambiente en que vivimos? Un gran doctor que ha estudiado el caso en una obra reciente...

Como todas las locuras—escribe—la moda es en sí más alto grado imitativa y contagiosa. Hasta diremos que el contagio se apodera tanto más, cuanto la cosa en difusión está en más completo desacuerdo con el buen sentido y la razón...

Hay modelos para las parisienas y para las extranjeras. Actualmente las extranjeras son muy numerosas aquí. Los comisionados alemanes, ingleses, norteamericanos, fijan su elección sobre los modelos que les agradan...

¡Veamos un poco lo que pasa en los talleres de las modistas. Una de ellas me decía: —Entre nosotras todo es cuestión de inspiración. Sin embargo, nos documentamos. Por eso ciertos modelos de la estación se ejecutan según dibujos del "Prüschutz", sacados de la biblioteca de la Opera...

—¡Pronto, señora, al cochal... Y se abrió bruscamente la portezuela de un departamento de primera clase. Instigada por el empleado, subió al carruaje una señora joven, acompañada de tres niños de corta edad...

A los pocos momentos se oyó el silbido de la locomotora y el tren de Marsella se puso en marcha. Acurrucado en un rincón hallábase un caballero anciano, que miró con muy malos ojos el asalto del coche por aquellas tres criaturas...

—¡Estoy divertidísimo!—pensó éste.—¡Venirnos con esto a mí, que detesto los niños! El comandante Luis de Lornes, que era el acompañante en cuestión, tendría unos setenta años y por su robustez sólo representaba sesenta...

—¡Mi padre! —¡Sí, hijo mío!—dijo el comandante, procurando conservar su tono severo. Pero no pudiendo contenerse y con los ojos inundados de lágrimas, añadió: —¡Enrique, mi idolatrado Enrique!...

—¡Y Luis?—preguntó Enrique. —¿Dónde está Luis? La madre, apoyada en el pecho de su marido, contestó sollozando: —¡Ha muerto víctima de una horrible calentura! El marido se puso pálido y estuvo a punto de perder el sentido...

—¡Hijo mío—dijo con temblorosa voz el comandante—sufro más que vosotros y daría lo que me resta de existencia por abrazar al niño que llevaba mi nombre. Al cabo de ocho días resonaban en el antiguo castillo de Lornes las alegres voces de los tres niños del comandante...

Enrique venía a Francia a reunirse con su mujer y se había ido a vivir con su padre, al que pensaba no abandonar jamás. Al año siguiente otro Luis hizo renacer la sonrisa en los labios del abuelo. Pero el buen señor no se olvidaba nunca del primogénito a quien no había conocido...

Todas las mañanas, hasta el día de su muerte, iba al cementerio de la vecina aldea y se detenía largo rato ante una losa de mármol en la que se leía estas palabras: «Luis de Lornes, muerto a la edad de nueve años, llorado por su padre y su madre y sobre todo por su abuelo.»

—¡Gracias, caballero; pero temo que le molesten a usted. —Nada de eso, señora. ¿Cómo te llamas, niña? —Margarita, y mi hermano Pablo y mi hermana Lina. —¿Y tú, bebé, cuántos años tienes? —Y, diga usted, señora, ¿le dan a usted mucho que hacer esos niños? —No, señor; sin duda a causa de la costumbre. Yo les he criado y nadie más que yo se ocupa de ellos. —Pero eso de viajar con chicos... —Como mujer de marino, estoy educada en una buena escuela. —¡Ah!... El comandante no dijo una palabra más y volvió a acurrucarse en un rincón, como si tratara de conciliar el sueño...

—¡Marsella!—gritó una voz, y al poco rato los viajeros empezaron a abandonar el tren. Lornes ayudó a su compañera de viaje y a los niños a bajar del coche. —¡Juanal... —¡Enrique!... Un joven moreno y de aspecto marcial recibió a la joven en sus brazos, y después, lanzando un grito de sorpresa, exclamó: —¡Mi padre! —¡Sí, hijo mío!—dijo el comandante, procurando conservar su tono severo...

—¡Mi padre! —¡Sí, hijo mío!—dijo el comandante, procurando conservar su tono severo. Pero no pudiendo contenerse y con los ojos inundados de lágrimas, añadió: —¡Enrique, mi idolatrado Enrique!...

—¡Y Luis?—preguntó Enrique. —¿Dónde está Luis? La madre, apoyada en el pecho de su marido, contestó sollozando: —¡Ha muerto víctima de una horrible calentura! El marido se puso pálido y estuvo a punto de perder el sentido...

—¡Hijo mío—dijo con temblorosa voz el comandante—sufro más que vosotros y daría lo que me resta de existencia por abrazar al niño que llevaba mi nombre. Al cabo de ocho días resonaban en el antiguo castillo de Lornes las alegres voces de los tres niños del comandante...

Enrique venía a Francia a reunirse con su mujer y se había ido a vivir con su padre, al que pensaba no abandonar jamás. Al año siguiente otro Luis hizo renacer la sonrisa en los labios del abuelo. Pero el buen señor no se olvidaba nunca del primogénito a quien no había conocido...

Todas las mañanas, hasta el día de su muerte, iba al cementerio de la vecina aldea y se detenía largo rato ante una losa de mármol en la que se leía estas palabras: «Luis de Lornes, muerto a la edad de nueve años, llorado por su padre y su madre y sobre todo por su abuelo.»

—¡Gracias, caballero; pero temo que le molesten a usted. —Nada de eso, señora. ¿Cómo te llamas, niña? —Margarita, y mi hermano Pablo y mi hermana Lina. —¿Y tú, bebé, cuántos años tienes? —Y, diga usted, señora, ¿le dan a usted mucho que hacer esos niños? —No, señor; sin duda a causa de la costumbre. Yo les he criado y nadie más que yo se ocupa de ellos. —Pero eso de viajar con chicos... —Como mujer de marino, estoy educada en una buena escuela. —¡Ah!... El comandante no dijo una palabra más y volvió a acurrucarse en un rincón, como si tratara de conciliar el sueño...

—¡Marsella!—gritó una voz, y al poco rato los viajeros empezaron a abandonar el tren. Lornes ayudó a su compañera de viaje y a los niños a bajar del coche. —¡Juanal... —¡Enrique!... Un joven moreno y de aspecto marcial recibió a la joven en sus brazos, y después, lanzando un grito de sorpresa, exclamó: —¡Mi padre! —¡Sí, hijo mío!—dijo el comandante, procurando conservar su tono severo...

—¡Mi padre! —¡Sí, hijo mío!—dijo el comandante, procurando conservar su tono severo. Pero no pudiendo contenerse y con los ojos inundados de lágrimas, añadió: —¡Enrique, mi idolatrado Enrique!...

—¡Y Luis?—preguntó Enrique. —¿Dónde está Luis? La madre, apoyada en el pecho de su marido, contestó sollozando: —¡Ha muerto víctima de una horrible calentura! El marido se puso pálido y estuvo a punto de perder el sentido...

La contestación no se hizo esperar y fué seca y abrumadora, ordenando a su hijo que rompiera inmediatamente las relaciones de que le daba cuenta. El oficial replicó que estaba comprometido, y que como la madre de su amigo había muerto del cólera, no había tenido más remedio que dar a la huérfana palabra de casamiento...

M. de Lorne se quedó petrificado ante esta semejante audacia, y, á impulsos de la indignación de que se hallaba poseído, contestó á Enrique lo siguiente: «Como hombre de honor no debes faltar á tu palabra. Cástate, puesto que la ley te lo permite sin que tu padre pueda prohibírtelo. Pero ten entendido que no hay ya nada de común entre tú y yo. Has muerto para mí y no quiero saber en lo sucesivo nada de tí ni de tu familia.»

Desde entonces se encerró en su castillo, evitando por completo el trato de las gentes. Se negaba á abrir las cartas de su hijo y encargó á su ayuda de cámara, que conocía la letra del oficial, que las rasgara en cuanto llegasen á sus manos. El nombre del hijo rebelde no volvió á ser pronunciado en aquella casa.

III —Daje usted, señora, que esos niños se muevan un poco—dijo el comandante. —Gracias, caballero; pero temo que le molesten a usted. —Nada de eso, señora. ¿Cómo te llamas, niña? —Margarita, y mi hermano Pablo y mi hermana Lina. —¿Y tú, bebé, cuántos años tienes? —Y, diga usted, señora, ¿le dan a usted mucho que hacer esos niños? —No, señor; sin duda a causa de la costumbre. Yo les he criado y nadie más que yo se ocupa de ellos. —Pero eso de viajar con chicos... —Como mujer de marino, estoy educada en una buena escuela. —¡Ah!... El comandante no dijo una palabra más y volvió a acurrucarse en un rincón, como si tratara de conciliar el sueño...

El tren corría á todo vapor mientras la madre daba de cenar á sus hijos. De pronto, pasó como un relámpago otro tren en sentido contrario. Pablo se dirigió hacia la portezuela, y en lo brusco de sus movimientos le salió de su camisita de marino un medallón de oro. Monsieur de Lornes lo examinó con gran curiosidad. —¿Qué es esto?—preguntó el anciano. —Un medallón de mi padre—contestó el niño.—Lo llevo porque soy el mayor. No había usted de esto á mamá para que no se enfada. A los pocos momentos dormía Pablo como un bendito.

IV El comandante sintió que una lágrima corría por su mejilla. Había reconocido el medallón y el mechón de pelo rubio de su mujer. Pero su hijo... ¿qué era de su hijo? Indudablemente, había muerto sin haber recibido su bendición. No se atrevía á preguntar nada á la viejera, temeroso de conocer la horrible verdad de que se confirmarían sus sospechas. Y, sin embargo, era preciso que supiese lo ocurrido. Tal vez su hijo había muerto y aquella pobre mujer sin fortuna volviera su búsqueda de una familia que le auxiliase y la protegiese. —¡Yo sabré cumplir con mi deber!—pensaba el anciano.—Reemplazaré á Enrique y seré el susten de su familia. Transcurrió aquella noche cruel para el comandante y para aquella infeliz señora. —¡Marsella!—gritó una voz, y al poco rato los viajeros empezaron a abandonar el tren. Lornes ayudó a su compañera de viaje y a los niños a bajar del coche. —¡Juanal... —¡Enrique!... Un joven moreno y de aspecto marcial recibió a la joven en sus brazos, y después, lanzando un grito de sorpresa, exclamó: —¡Mi padre! —¡Sí, hijo mío!—dijo el comandante, procurando conservar su tono severo...

—¡Mi padre! —¡Sí, hijo mío!—dijo el comandante, procurando conservar su tono severo. Pero no pudiendo contenerse y con los ojos inundados de lágrimas, añadió: —¡Enrique, mi idolatrado Enrique!...

—¡Y Luis?—preguntó Enrique. —¿Dónde está Luis? La madre, apoyada en el pecho de su marido, contestó sollozando: —¡Ha muerto víctima de una horrible calentura! El marido se puso pálido y estuvo a punto de perder el sentido...

—¡Hijo mío—dijo con temblorosa voz el comandante—sufro más que vosotros y daría lo que me resta de existencia por abrazar al niño que llevaba mi nombre. Al cabo de ocho días resonaban en el antiguo castillo de Lornes las alegres voces de los tres niños del comandante...

Enrique venía a Francia a reunirse con su mujer y se había ido a vivir con su padre, al que pensaba no abandonar jamás. Al año siguiente otro Luis hizo renacer la sonrisa en los labios del abuelo. Pero el buen señor no se olvidaba nunca del primogénito a quien no había conocido...

Todas las mañanas, hasta el día de su muerte, iba al cementerio de la vecina aldea y se detenía largo rato ante una losa de mármol en la que se leía estas palabras: «Luis de Lornes, muerto a la edad de nueve años, llorado por su padre y su madre y sobre todo por su abuelo.»

—¡Gracias, caballero; pero temo que le molesten a usted. —Nada de eso, señora. ¿Cómo te llamas, niña? —Margarita, y mi hermano Pablo y mi hermana Lina. —¿Y tú, bebé, cuántos años tienes? —Y, diga usted, señora, ¿le dan a usted mucho que hacer esos niños? —No, señor; sin duda a causa de la costumbre. Yo les he criado y nadie más que yo se ocupa de ellos. —Pero eso de viajar con chicos... —Como mujer de marino, estoy educada en una buena escuela. —¡Ah!... El comandante no dijo una palabra más y volvió a acurrucarse en un rincón, como si tratara de conciliar el sueño...

—¡Marsella!—gritó una voz, y al poco rato los viajeros empezaron a abandonar el tren. Lornes ayudó a su compañera de viaje y a los niños a bajar del coche. —¡Juanal... —¡Enrique!... Un joven moreno y de aspecto marcial recibió a la joven en sus brazos, y después, lanzando un grito de sorpresa, exclamó: —¡Mi padre! —¡Sí, hijo mío!—dijo el comandante, procurando conservar su tono severo...

—¡Mi padre! —¡Sí, hijo mío!—dijo el comandante, procurando conservar su tono severo. Pero no pudiendo contenerse y con los ojos inundados de lágrimas, añadió: —¡Enrique, mi idolatrado Enrique!...

—¡Y Luis?—preguntó Enrique. —¿Dónde está Luis? La madre, apoyada en el pecho de su marido, contestó sollozando: —¡Ha muerto víctima de una horrible calentura! El marido se puso pálido y estuvo a punto de perder el sentido...

—¡Hijo mío—dijo con temblorosa voz el comandante—sufro más que vosotros y daría lo que me resta de existencia por abrazar al niño que llevaba mi nombre. Al cabo de ocho días resonaban en el antiguo castillo de Lornes las alegres voces de los tres niños del comandante...

Enrique venía a Francia a reunirse con su mujer y se había ido a vivir con su padre, al que pensaba no abandonar jamás. Al año siguiente otro Luis hizo renacer la sonrisa en los labios del abuelo. Pero el buen señor no se olvidaba nunca del primogénito a quien no había conocido...

Todas las mañanas, hasta el día de su muerte, iba al cementerio de la vecina aldea y se detenía largo rato ante una losa de mármol en la que se leía estas palabras: «Luis de Lornes, muerto a la edad de nueve años, llorado por su padre y su madre y sobre todo por su abuelo.»

—¡Gracias, caballero; pero temo que le molesten a usted. —Nada de eso, señora. ¿Cómo te llamas, niña? —Margarita, y mi hermano Pablo y mi hermana Lina. —¿Y tú, bebé, cuántos años tienes? —Y, diga usted, señora, ¿le dan a usted mucho que hacer esos niños? —No, señor; sin duda a causa de la costumbre. Yo les he criado y nadie más que yo se ocupa de ellos. —Pero eso de viajar con chicos... —Como mujer de marino, estoy educada en una buena escuela. —¡Ah!... El comandante no dijo una palabra más y volvió a acurrucarse en un rincón, como si tratara de conciliar el sueño...

—¡Marsella!—gritó una voz, y al poco rato los viajeros empezaron a abandonar el tren. Lornes ayudó a su compañera de viaje y a los niños a bajar del coche. —¡Juanal... —¡Enrique!... Un joven moreno y de aspecto marcial recibió a la joven en sus brazos, y después, lanzando un grito de sorpresa, exclamó: —¡Mi padre! —¡Sí, hijo mío!—dijo el comandante, procurando conservar su tono severo...

—¡Mi padre! —¡Sí, hijo mío!—dijo el comandante, procurando conservar su tono severo. Pero no pudiendo contenerse y con los ojos inundados de lágrimas, añadió: —¡Enrique, mi idolatrado Enrique!...

—¡Y Luis?—preguntó Enrique. —¿Dónde está Luis? La madre, apoyada en el pecho de su marido, contestó sollozando: —¡Ha muerto víctima de una horrible calentura! El marido se puso pálido y estuvo a punto de perder el sentido...

—¡Hijo mío—dijo con temblorosa voz el comandante—sufro más que vosotros y daría lo que me resta de existencia por abrazar al niño que llevaba mi nombre. Al cabo de ocho días resonaban en el antiguo castillo de Lornes las alegres voces de los tres niños del comandante...

Enrique venía a Francia a reunirse con su mujer y se había ido a vivir con su padre, al que pensaba no abandonar jamás. Al año siguiente otro Luis hizo renacer la sonrisa en los labios del abuelo. Pero el buen señor no se olvidaba nunca del primogénito a quien no había conocido...

Todas las mañanas, hasta el día de su muerte, iba al cementerio de la vecina aldea y se detenía largo rato ante una losa de mármol en la que se leía estas palabras: «Luis de Lornes, muerto a la edad de nueve años, llorado por su padre y su madre y sobre todo por su abuelo.»

—¡Gracias, caballero; pero temo que le molesten a usted. —Nada de eso, señora. ¿Cómo te llamas, niña? —Margarita, y mi hermano Pablo y mi hermana Lina. —¿Y tú, bebé, cuántos años tienes? —Y, diga usted, señora, ¿le dan a usted mucho que hacer esos niños? —No, señor; sin duda a causa de la costumbre. Yo les he criado y nadie más que yo se ocupa de ellos. —Pero eso de viajar con chicos... —Como mujer de marino, estoy educada en una buena escuela. —¡Ah!... El comandante no dijo una palabra más y volvió a acurrucarse en un rincón, como si tratara de conciliar el sueño...

—¡Marsella!—gritó una voz, y al poco rato los viajeros empezaron a abandonar el tren. Lornes ayudó a su compañera de viaje y a los niños a bajar del coche. —¡Juanal... —¡Enrique!... Un joven moreno y de aspecto marcial recibió a la joven en sus brazos, y después, lanzando un grito de sorpresa, exclamó: —¡Mi padre! —¡Sí, hijo mío!—dijo el comandante, procurando conservar su tono severo...

—¡Mi padre! —¡Sí, hijo mío!—dijo el comandante, procurando conservar su tono severo. Pero no pudiendo contenerse y con los ojos inundados de lágrimas, añadió: —¡Enrique, mi idolatrado Enrique!...

—¡Y Luis?—preguntó Enrique. —¿Dónde está Luis? La madre, apoyada en el pecho de su marido, contestó sollozando: —¡Ha muerto víctima de una horrible calentura! El marido se puso pálido y estuvo a punto de perder el sentido...

—¡Hijo mío—dijo con temblorosa voz el comandante—sufro más que vosotros y daría lo que me resta de existencia por abrazar al niño que llevaba mi nombre. Al cabo de ocho días resonaban en el antiguo castillo de Lornes las alegres voces de los tres niños del comandante...

Enrique venía a Francia a reunirse con su mujer y se había ido a vivir con su padre, al que pensaba no abandonar jamás. Al año siguiente otro Luis hizo renacer la sonrisa en los labios del abuelo. Pero el buen señor no se olvidaba nunca del primogénito a quien no había conocido...

Todas las mañanas, hasta el día de su muerte, iba al cementerio de la vecina aldea y se detenía largo rato ante una losa de mármol en la que se leía estas palabras: «Luis de Lornes, muerto a la edad de nueve años, llorado por su padre y su madre y sobre todo por su abuelo.»

aldea y se detenía largo rato ante una losa de mármol en la que se leía estas palabras: «Luis de Lornes, muerto a la edad de nueve años, llorado por su padre y su madre y sobre todo por su abuelo.»

—¡Gracias, caballero; pero temo que le molesten a usted. —Nada de eso, señora. ¿Cómo te llamas, niña? —Margarita, y mi hermano Pablo y mi hermana Lina. —¿Y tú, bebé, cuántos años tienes? —Y, diga usted, señora, ¿le dan a usted mucho que hacer esos niños? —No, señor; sin duda a causa de la costumbre. Yo les he criado y nadie más que yo se ocupa de ellos. —Pero eso de viajar con chicos... —Como mujer de marino, estoy educada en una buena escuela. —¡Ah!... El comandante no dijo una palabra más y volvió a acurrucarse en un rincón, como si tratara de conciliar el sueño...

—¡Marsella!—gritó una voz, y al poco rato los viajeros empezaron a abandonar el tren. Lornes ayudó a su compañera de viaje y a los niños a bajar del coche. —¡Juanal... —¡Enrique!... Un joven moreno y de aspecto marcial recibió a la joven en sus brazos, y después, lanzando un grito de sorpresa, exclamó: —¡Mi padre! —¡Sí, hijo mío!—dijo el comandante, procurando conservar su tono severo...

—¡Mi padre! —¡Sí, hijo mío!—dijo el comandante, procurando conservar su tono severo. Pero no pudiendo contenerse y con los ojos inundados de lágrimas, añadió: —¡Enrique, mi idolatrado Enrique!...

—¡Y Luis?—preguntó Enrique. —¿Dónde está Luis? La madre, apoyada en el pecho de su marido, contestó sollozando: —¡Ha muerto víctima de una horrible calentura! El marido se puso pálido y estuvo a punto de perder el sentido...

—¡Hijo mío—dijo con temblorosa voz el comandante—sufro más que vosotros y daría lo que me resta de existencia por abrazar al niño que llevaba mi nombre. Al cabo de ocho días resonaban en el antiguo castillo de Lornes las alegres voces de los tres niños del comandante...

Enrique venía a Francia a reunirse con su mujer y se había ido a vivir con su padre, al que pensaba no abandonar jamás. Al año siguiente otro Luis hizo renacer la sonrisa en los labios del abuelo. Pero el buen señor no se olvidaba nunca del primogénito a quien no había conocido...

Todas las mañanas, hasta el día de su muerte, iba al cementerio de la vecina aldea y se detenía largo rato ante una losa de mármol en la que se leía estas palabras: «Luis de Lornes, muerto a la edad de nueve años, llorado por su padre y su madre y sobre todo por su abuelo.»

—¡Gracias, caballero; pero temo que le molesten a usted. —Nada de eso, señora. ¿Cómo te llamas, niña? —Margarita, y mi hermano Pablo y mi hermana Lina. —¿Y tú, bebé, cuántos años tienes? —Y, diga usted, señora, ¿le dan a usted mucho que hacer esos niños? —No, señor; sin duda a causa de la costumbre. Yo les he criado y nadie más que yo se ocupa de ellos. —Pero eso de viajar con chicos... —Como mujer de marino, estoy educada en una buena escuela. —¡Ah!... El comandante no dijo una palabra más y volvió a acurrucarse en un rincón, como si tratara de conciliar el sueño...

—¡Marsella!—gritó una voz, y al poco rato los viajeros empezaron a abandonar el tren. Lornes ayudó a su compañera de viaje y a los niños a bajar del coche. —¡Juanal... —¡Enrique!... Un joven moreno y de aspecto marcial recibió a la joven en sus brazos, y después, lanzando un grito de sorpresa, exclamó: —¡Mi padre! —¡Sí, hijo mío!—dijo el comandante, procurando conservar su tono severo...

—¡Mi padre! —¡Sí, hijo mío!—dijo el comandante, procurando conservar su tono severo. Pero no pudiendo contenerse y con los ojos inundados de lágrimas, añadió: —¡Enrique, mi idolatrado Enrique!...

—¡Y Luis?—preguntó Enrique. —¿Dónde está Luis? La madre, apoyada en el pecho de su marido, contestó sollozando: —¡Ha muerto víctima de una horrible calentura! El marido se puso pálido y estuvo a punto de perder el sentido...

—¡Hijo mío—dijo con temblorosa voz el comandante—sufro más que vosotros y daría lo que me resta de existencia por abrazar al niño que llevaba mi nombre. Al cabo de ocho días resonaban en el antiguo castillo de Lornes las alegres voces de los tres niños del comandante...

Enrique venía a Francia a reunirse con su mujer y se había ido a vivir con su padre, al que pensaba no abandonar jamás. Al año siguiente otro Luis hizo renacer la sonrisa en los labios del abuelo. Pero el buen señor no se olvidaba nunca del primogénito a quien no había conocido...

Todas las mañanas, hasta el día de su muerte, iba al cementerio de la vecina aldea y se detenía largo rato ante una losa de mármol en la que se leía estas palabras: «Luis de Lornes, muerto a la edad de nueve años, llorado por su padre y su madre y sobre todo por su abuelo.»

—¡Gracias, caballero; pero temo que le molesten a usted. —Nada de eso, señora. ¿Cómo te llamas, niña? —Margarita, y mi hermano Pablo y mi hermana Lina. —¿Y tú, bebé, cuántos años tienes? —Y, diga usted, señora, ¿le dan a usted mucho que hacer esos niños? —No, señor; sin duda a causa de la costumbre. Yo les he criado y nadie más que yo se ocupa de ellos. —Pero eso de viajar con chicos... —Como mujer de marino, estoy educada en una buena escuela. —¡Ah!... El comandante no dijo una palabra más y volvió a acurrucarse en un rincón, como si tratara de conciliar el sueño...

—¡Marsella!—gritó una voz, y al poco rato los viajeros empezaron a abandonar el tren. Lornes ayudó a su compañera de viaje y a los niños a bajar del coche. —¡Juanal... —¡Enrique!... Un joven moreno y de aspecto marcial recibió a la joven en sus brazos, y después, lanzando un grito de sorpresa, exclamó: —¡Mi padre! —¡Sí, hijo mío!—dijo el comandante, procurando conservar su tono severo...

—¡Mi padre! —¡Sí, hijo mío!—dijo el comandante, procurando conservar su tono severo. Pero no pudiendo contenerse y con los ojos inundados de lágrimas, añadió: —¡Enrique, mi idolatrado Enrique!...

—¡Y Luis?—preguntó Enrique. —¿Dónde está Luis? La madre, apoyada en el pecho de su marido, contestó sollozando: —¡Ha muerto víctima de una horrible calentura! El marido se puso pálido y estuvo a punto de perder el sentido...

—¡Hijo mío—dijo con temblorosa voz el comandante—sufro más que vosotros y daría lo que me resta de existencia por abrazar al niño que llevaba mi nombre. Al cabo de ocho días resonaban en el antiguo castillo de Lornes las alegres voces de los tres niños del comandante...

Enrique venía a Francia a reunirse con su mujer y se había ido a vivir con su padre, al que pensaba no abandonar jamás. Al año siguiente otro Luis hizo renacer la sonrisa en los labios del abuelo. Pero el buen señor no se olvidaba nunca del primogénito a quien no había conocido...

Todas las mañanas, hasta el día de su muerte, iba al cementerio de la vecina aldea y se detenía largo rato ante una losa de mármol en la que se leía estas palabras: «Luis de Lornes, muerto a la edad de nueve años, llorado por su padre y su madre y sobre todo por su abuelo.»

—¡Gracias, caballero; pero temo que le molesten a usted. —Nada de eso, señora. ¿Cómo te llamas, niña? —Margarita, y mi hermano Pablo y mi hermana Lina. —¿Y tú, bebé, cuántos años tienes? —Y, diga usted, señora, ¿le dan a usted mucho que hacer esos niños? —No, señor; sin duda a causa de la costumbre. Yo les he criado y nadie más que yo se ocupa de ellos. —Pero eso de viajar con chicos... —Como mujer de marino, estoy educada en una buena escuela. —¡Ah!... El comandante no dijo una palabra más y volvió a acurrucarse en un rincón, como si tratara de conciliar el sueño...

—¡Marsella!—gritó una voz, y al poco rato los viajeros empezaron a abandonar el tren. Lornes ayudó a su compañera de viaje y a los niños a bajar del coche. —¡Juanal... —¡Enrique!... Un joven moreno y de aspecto marcial recibió a la joven en sus brazos, y después, lanzando un grito de sorpresa, exclamó: —¡Mi padre! —¡Sí, hijo mío!—dijo el comandante, procurando conservar su tono severo...

—¡Mi padre! —¡Sí, hijo mío!—dijo el comandante, procurando conservar su tono severo. Pero no pudiendo contenerse y con los ojos inundados de lágrimas, añadió: —¡Enrique, mi idolatrado Enrique!...

—¡Y Luis?—preguntó Enrique. —¿Dónde está Luis? La madre, apoyada en el pecho de su marido, contestó sollozando: —¡Ha muerto víctima de una horrible calentura! El marido se puso pálido y estuvo a punto de perder el sentido...

—¡Hijo mío—dijo con temblorosa voz el comandante—sufro más que vosotros y daría lo que me resta de existencia por abrazar al niño que llevaba mi nombre. Al cabo de ocho días resonaban en el antiguo castillo de Lornes las alegres voces de los tres niños del comandante...

Enrique venía a Francia a reunirse con su mujer y se había ido a vivir con su padre, al que pensaba no abandonar jamás. Al año siguiente otro Luis hizo renacer la sonrisa en los labios del abuelo. Pero el buen señor no se olvidaba nunca del primogénito a quien no había conocido...

Todas las mañanas, hasta el día de su muerte, iba al cementerio de la vecina aldea y se detenía largo rato ante una losa de mármol en la que se leía estas palabras: «Luis de Lornes, muerto a la edad de nueve años, llorado por su padre y su madre y sobre todo por su abuelo.»

—¡Gracias, caballero; pero temo que le molesten a usted. —Nada de eso, señora. ¿Cómo te llamas, niña? —Margarita, y mi hermano Pablo y mi hermana Lina. —¿Y tú, bebé, cuántos años tienes? —Y, diga usted, señora, ¿le dan a usted mucho que hacer esos niños? —No, señor; sin duda a causa de la costumbre. Yo les he criado y nadie más que yo se ocupa de ellos. —Pero eso de viajar con chicos... —Como mujer de marino, estoy educada en una buena escuela. —¡Ah!... El comandante no dijo una palabra más y volvió a acurrucarse en un rincón, como si tratara de conciliar el sueño...

—¡Marsella!—gritó una voz, y al poco rato los viajeros empezaron a abandonar el tren. Lornes ayudó a su compañera de viaje y a los niños a bajar del coche. —¡Juanal... —¡Enrique!... Un joven moreno y de aspecto marcial recibió a la joven en sus brazos, y después, lanzando un grito de sorpresa, exclamó: —¡Mi padre! —¡Sí, hijo mío!—dijo el comandante, procurando conservar su tono severo...

—¡Mi padre! —¡Sí, hijo mío!—dijo el comandante, procurando conservar su tono severo. Pero no pudiendo contenerse y con los ojos inundados de lágrimas, añadió: —¡Enrique, mi idolatrado Enrique!...

—¡Y Luis?—preguntó Enrique. —¿Dónde está Luis? La madre, apoyada en el pecho de su marido, contestó sollozando: —¡Ha muerto víctima de una horrible calentura! El marido se puso pálido y estuvo a punto de perder el sentido...

aldea y se detenía largo rato ante una losa de mármol en la que se leía estas palabras: «Luis de Lornes, muerto a la edad de nueve años, llorado por su padre y su madre y sobre todo por su abuelo.»

—¡Gracias, caballero; pero temo que le molesten a usted. —Nada de eso, señora. ¿Cómo te llamas, niña? —Margarita, y mi hermano Pablo y mi hermana Lina. —¿Y tú, bebé, cuántos años tienes? —Y, diga usted, señora, ¿le dan a usted mucho que hacer esos niños? —No, señor; sin duda a causa de la costumbre. Yo les he criado y nadie más que yo se ocupa de ellos. —Pero eso de viajar con chicos... —Como mujer de marino, estoy educada en una buena escuela. —¡Ah!... El comandante no dijo una palabra más y volvió a acurrucarse en un rincón, como si tratara de conciliar el sueño...

—¡Marsella!—gritó una voz, y al poco rato los viajeros empezaron a abandonar el tren. Lornes ayudó a su compañera de viaje y a los niños a bajar del coche. —¡Juanal... —¡Enrique!... Un joven moreno y de aspecto marcial recibió a la joven en sus brazos, y después, lanzando un grito de sorpresa, exclamó: —¡Mi padre! —¡Sí, hijo mío!—dijo el comandante, procurando conservar su tono severo...

—¡Mi padre! —¡Sí, hijo mío!—dijo el comandante, procurando conservar su tono severo. Pero no pudiendo contenerse y con los ojos inundados de lágrimas, añadió: —¡Enrique, mi idolatrado Enrique!...

—¡Y Luis?—preguntó Enrique. —¿Dónde está Luis? La madre, apoyada en el pecho de su marido, contestó sollozando: —¡Ha muerto víctima de una horrible calentura! El marido se puso pálido y estuvo a punto de perder el sentido...

—¡Hijo mío—dijo con temblorosa voz el comandante—sufro más que vosotros y daría lo que me resta de existencia por abrazar al niño que llevaba mi nombre. Al cabo de ocho días resonaban en el antiguo castillo de Lornes las alegres voces de los tres niños del comandante...

Enrique venía a Francia a reunirse con su mujer y se había ido a vivir con su padre, al que pensaba no abandonar jamás. Al año siguiente otro Luis hizo renacer la sonrisa en los labios del abuelo. Pero el buen señor no se olvidaba nunca del primogénito a quien no había conocido...

Todas las mañanas, hasta el día de su muerte, iba al cementerio de la vecina aldea y se detenía largo rato ante una losa de mármol en la que se leía estas palabras: «Luis de Lornes, muerto a la edad de nueve años, llorado por su padre y su madre y sobre todo por su abuelo.»

—¡Gracias, caballero; pero temo que le molesten a usted. —Nada de eso, señora. ¿Cómo te llamas, niña? —Margarita, y mi hermano Pablo y mi hermana Lina. —¿Y tú, bebé, cuántos años tienes? —Y, diga usted, señora, ¿le dan a usted mucho que hacer esos niños? —No, señor; sin duda a causa de la costumbre. Yo les he criado y nadie más que yo se ocupa de ellos. —Pero eso de viajar con chicos... —Como mujer de marino, estoy educada en una buena escuela. —¡Ah!... El comandante no dijo una palabra más y volvió a acurrucarse en un rincón, como si tratara de conciliar el sueño...

—¡Marsella!—gritó una voz, y al poco rato los viajeros empezaron a abandonar el tren. Lornes ayudó a su compañera de viaje y a

A LOS ANUNCIANTES

En vista de las constantes consultas que de continuo nos favorecen reconocidos y acreditados anunciantes de toda España y del extranjero, creemos preciso el presente anuncio para mayor economía de tiempo y ahorro de franqueo de nuestros consultores.

EL LIBERAL, en Murcia, es el periódico de mayor circulación en la provincia y en la Región.

EL LIBERAL, en Murcia, publica dos ediciones verdaderas. Las dos se ponen a la venta en Murcia y en la Región.

EL LIBERAL, en Murcia, no deja de publicarse ningún día (excepción hecha de dos fiestas solemnes en el año), ni nuestros suscriptores dejan de percibir ni un solo número en el mes.

La tirada de EL LIBERAL permite garantizar a nuestros anunciantes la ventaja de que sus anuncios por una inserción en este periódico, equivalen a un importante número de inserciones en cualquier periódico local ó regional.

Esqueletas a precio de tarifa, desde CINCO pesetas en adelante.

Coche de Caravaca. La empresa del coche de Caravaca ha dispuesto que durante la presente estación y como en años anteriores, se cambien las horas de salida y llegada del mismo en la forma siguiente:

Coche ascendente, sale de Murcia a las 9 de la noche; llega a Alcantarilla a las 9:45; a Mula a la una de la madrugada; a Bullas a las 3; a Cohegín a las 4:50 y a Caravaca a las 5 de la mañana.

Coche descendente, sale de Caravaca a las 9 de la noche; llega a Cohegín a las 9:30; a Bullas a las 11; a Mula a la una de la madrugada; a Alcantarilla a las 4:15 y a Murcia a las 5 de la mañana.

Se ha establecido una rebaja de 50 céntimos por asiento en los trayectos de Caravaca y Cohegín.

SERVICIO DE FERROCARRILES

Table with columns for stations (Murcia, Torrevieja, Alcantarilla, etc.), departure times, and arrival times.

Locca. Salidas 16,00 6:30. Alcantarilla. Llegadas 8,54 17:45.

De Cartagena a los Blancos y viceversa. Cartagena.—Salidas: 5,40; 8,10; 10,50; mañana; 1,20; 3,50 y 6,20 tarde.

La Unión.—Llegadas: 6,13; 8,54; 11,24 mañana; 1,53; 4,33 y 6,54 tarde.

Los Blancos.—Llegadas: 6,38 mañana; 2,18 y 7,20 tarde.

Los Blancos.—Salidas: 6,48 mañana; 2,28 y 7,30 tarde.

La Unión.—Salidas: 7,14 y 9,40 mañana; 12,24, 2,51, 5,27 y 7,57 tarde.

Cartagena.—Llegadas: 7,45 y 10,18 mañana; 12,58; 3,21, 6,00 y 8,30 tarde.

De Locca al Empalme de Aguilas y a Baza y viceversa.

Table with columns for stations (Locca, Empalme, Aguilas, Baza) and departure/arrival times.

De Madrid-Alcazar-Chinchilla a Cartagena y Alicante

Table with columns for stations (Madrid, Alcazar, Chinchilla, etc.) and departure/arrival times.

ADVERTENCIAS.—Los trenes que salen de Madrid los lunes y jueves y de Cartagena los martes y viernes llevarán a bordo de la Compañía Internacional. Los trenes números 30 y 36 y 35 y 39, enlazarán en Alcazar con los correos de la línea de Andalucía, números 21 y 22. Además de estos trenes circularán entre Murcia y Chinchilla, dos mercancías con viajeros cuyas salidas son: de Murcia: a la 1 y a las 5,25 mañana, llegando a Chinchilla a las 10:45 y a las 21,30, de Chinchilla a la 16:25 y a las 8,10 que llegarán a Murcia a las 21,25 y a las 24.

De Cartagena-Chinchilla-Alcazar-Alcazar a Murcia

Table with columns for stations (Cartagena, Chinchilla, Alcazar, Murcia) and departure/arrival times.

Advertisement for 'VIGAS DE ACERO PARA EDIFICIOS' (Steel beams for buildings) by Jose Garcia.

Advertisement for 'Compagnie Generale Transatlantique' (Transatlantic company) with a ship illustration.

Advertisement for 'LA UNION EL FENIX ESPAÑOL' (The Union Phoenix Spanish) insurance company.

Advertisement for 'EL DIA' (The Day) insurance company.

Advertisement for 'MAGNESIA DE BISHOP' (Magnesia) medicine.

Advertisement for 'PUERTAS DE ACERO ONDULADO' (Wavy steel doors) for shops and establishments.

Advertisement for 'DOLOR DE MUELAS' (Toothache) treatment.

Advertisement for 'Diario de Avisos de Murcia' (Murcia notices newspaper).

Advertisement for 'Alegroñ' (Alegroñ) products.

Advertisement for 'REJUVENAL' (Rejuvenal) medicine.

Advertisement for 'J.º André' (J.º André) French professor.

Advertisement for 'ABBE FIEUX' (Abbe Fieux) PBRQ.

Advertisement for 'BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA' (Spanish mortgage bank).

Advertisement for 'CERA PURA' (Pure wax) for candles.

Advertisement for 'NORIAS ECONOMICAS' (Economic fountains).

Advertisement for 'Federico Amare' (Federico Amare) photographer.

Advertisement for 'MANUEL CARMONA' (Manuel Carmona) for telegrams.

Advertisement for 'Maderas finas' (Fine woods) by Carlos G. Tudela.

Advertisement for 'Hotel de Francia' (Hotel de Francia) in Paris, Cartagena.

Advertisement for 'Cirujano-Dentista José de Mora' (Dentist José de Mora).

Advertisement for 'SE VENDEN' (For sale) of a billiard table.

Advertisement for 'De Alicante' (From Alicante) engineering services.

Advertisement for 'DIANA' (Diana) restaurant.

Advertisement for 'De Cartagena De La Unión' (From Cartagena de la Unión) products.

Advertisement for 'De Torrevieja' (From Torrevieja) real estate.

Advertisement for 'De Calasparra' (From Calasparra) commercial services.

Advertisement for 'De Portmán' (From Portmán) real estate.

Advertisement for 'AMA DE CRIA' (Breastfeeding) services.

Advertisement for 'AMA DE CRIA' (Breastfeeding) services.

Advertisement for 'MORGAN & ELLIOT' (Morgan & Elliot) bicycle shop.

Advertisement for 'En la Freneria' (In the bicycle shop) services.

Advertisement for 'GRAN CENTRO DE ENCARGOS A DOMICILIO' (Home service center).

Advertisement for 'ANTONIO ROS CLARES' (Antonio Ros Clares) services.

Advertisement for 'De Torrevieja' (From Torrevieja) real estate.

Advertisement for 'ANUNCIOS' (Announcements) and 'Libreria de Torrel' (Torrel bookstore).

Advertisement for 'REPUBLICA CUBANA' (Cuban Republic) information agency.

Advertisement for 'COSAS DE LA CALLE' (Street things) by Carlos Miranda.

Advertisement for 'Prólogo de Alfredo Vicent' (Prologue by Alfredo Vicent).

Advertisement for 'MURCIA.-Trinquete, 6' (Murcia-Trinquete, 6) agency.

Advertisement for 'DESPACHOS' (Dispatches) by Angel Cordán.

Advertisement for 'Agencia Internacional de Viajes' (International travel agency).

Advertisement for 'José María Sarabia Vergel' (José María Sarabia Vergel) agency.